

Sobre aspectos del momento

por J. Pérez Burgos

CREO, porque así lo veo, que España atraviesa por uno de los más graves periodos de su historia. El más grave, quizás, de los muchos conocidos y padecidos por su pueblo, tantas veces deshecho como recuperado.

Por lo que retuve de lecturas y referencias, no hubo, habiendo habido tantos y tan críticos, ningún pasaje de la existencia española que al actual pueda igualarse. Nunca tanto dolor, miseria tanta, ni tan intensa, amplia y cruel la dominación que a los españoles esclaviza.

Miro y veo la situación desde la altura del análisis. Concentrados en la intimidad de cada situación particular, la visión pudiera ser distinta y darse el caso de que reinando la paz y la felicidad, el mundo, al lente de nuestra pena, nos pareciese un conjunto de desdichas.

Propio es de la flaqueza humana que el dolido de su mal se duela. Hábito por demás cargante y enfadoso me resulta el de cerrar la conversación sobre lo que, privadamente, afecta al que perora. Sufriendo, a la par del quejoso, cien y más veces he de soportar el relato de cuitas, de accidentes particularísimos, de aspectos de una existencia, ciertos o figurados, que a mí me importaban una higa. Sufri sólo por el martirio de escuchar lo que no me interesaba. Ciertas reglas de urbanidad no son más ni menos que normas de fingimiento. La de la continencia ante el « pelmazo » es una de ellas. En verdad que no hallo motivo para que resulte incorrecto interrumpir al latoso, insulso e insufrible, en estos o parecidos términos : « Eso se lo cuenta usted a un guardia, que yo no estoy para aguantar calandracas ».

Sirva lo que precede de aclaración, por que dolido, y más que dolido, por lo que en España ocurre, a lamentarme voy desahogando, indignado, mi dolor. El mío con el de muchos españoles, igual o mayor al mío, pero el mismo. Comunidad dolorosa que se separa de la tendencia ególatra del señor que sólo habla de sus cosas, sin importarles las ajenas y sin apercibirse de que a los ajenos las propiamente suyas tampoco le interesan.

Señalada la diferencia, que me salva de incurrir en defecto censurable, por mí censurado, doy suelta a otra de mis creencias íntimas : Creo que la mayoría de los españoles están disconformes con la situación actual de España.

No se basa tal creencia en un principio de fe materialista, como me ocurre cuando afirmo que unos malos españoles con ayudas vergonzosas inspiradas por idea de insano lucro, han instalado en España un bárbaro aparato represivo de la libertad, en completa disonancia con la progresión intelectual alcanzada por el común de los seres humanos. Esta afirmación es algo casi tangible : es una realidad y habría que cerrar los ojos para no verla. Como la miseria general, que desnivela en grado sublevante a las CLASES españolas. Como el dolor guarecido en un hogar, si y en otro también, a puerta cerrada, porque las puertas del dolor abren las de la cárcel y porque el terror ha secado las lágrimas.

Tampoco se fundamenta mi creencia de que a los españoles, en general, les repugna el estado y el Estado de España, en estadísticas de opinión. Sin negar el auxilio valioso de la estadística, el que presta, evidenciado más que en ningún otro aspecto, en el desarrollo de las actividades económicas, me permito dudar tanto de su pulcritud como de su interés práctico, cuando se trata de reducir a cifras las variadas, afortunadamente variadísimas, palpitaciones del sentimiento. Y conste que para nada cuenta en mi desconfianza el reciente y ruidoso fracaso del Instituto Gallup, a quien ha tiempo consideraba como muy acreditado especialista en dar « mico » a la opinión. Ni Gallup, ni San Gallup, pueden encerrar el mar en una botella.

Son otros los motivos que me inducen a creer lo que no veo, y hasta casi lo contrario de lo que veo. Si hubiera de juzgar por las apariencias diría : « Este no es mi Juan, que me lo han cambiado ». Pero tengo en cuenta que, en ocasiones, como ésta que me ocupa, se ven más las apariencias que la realidad, o, dicho de otra manera, aquellas ocultan a ésta, o la desfiguran, que también viene a ser una forma de ocultación.

Es tan frecuente el caso de apa-

rentar lo contrario al sentimiento, que no puede extrañarme el hecho VISIBLE de la sumisión al dictador, pudiendo ser velo que encubra la repulsión y el odio que el dictador inspira.

Quien mire sin traspasar el velo, solo verá apariencias. Las que nos suelen referir los plumíferos, observadores superficiales, cuyos ojos no alcanzan a penetrar la realidad : embarazo de angustias calladas : nube amenazadora por encima del sol del Imperio.

En visita todos somos educados. Visitadores y visitados. Estos visitantes de España no van más allá de la abundancia y de la comodidad con que les rodea una hidalguía interesada (discúlpenme el disparate) : no van más allá del tranquilo y sumiso pasar de las gentes : de todo el detalle material de una vida encauzada, disciplinada, dirigida. Tanto, o más, que la propia visita. Ninguno de estos visitantes, que yo sepa, puso en las cuartillas un solo latido del espíritu de cualquier español. No sé si es que no supieron captarlo o que les conviniera dejarlo en el tintero, ahogando en la misma tinta su propio espíritu.... Tampoco me interesa saberlo.

Con noticia de tales apariencias, sigo creyendo en las virtudes del pueblo español, que no se ven.... a primera vista. Será, quizás, un reflejo de mi propio sentir. En definitiva, cualquier creencia no es más que el reflejo de lo que cada cual siente.

El pueblo español no da muchas muestras de su justamente alabado y acendrado amor a la libertad y a la independencia, como pueblo y como cada quisque. Aparentemente casi muestra lo contrario. Pero yo me resisto a admitir que éste, que siempre fué el amor de sus amores, se haya extinguido, devorado por el fuego de una lucha fratricida, mejor diré, homicida y asesina, pues que pierde, a mis ojos, la condición de hermano el que al de su sangre ataca. hiera y so-

mete. No. Lo que ocurre es que el ser amordazado no puede gritar su protesta en tanto no se arranque la mordaza. Mientras persista la dominación, persistirá la sumisión, por una relación normal de causa a efecto. Mas esta sumisión, que no nace de libre albedrío, no es conformidad, ni es aceptación, del acto brutal del sometimiento.

Sigo teniendo fe en el pueblo español, porque comienzo por tenerla en mí mismo. La fe en sí crea el objeto de la fe, vino a decir Unamuno. Por esto — que yo acepto — vemos tantos desconfiados en la capacidad reconstructiva del pueblo español. Tanto vencido, sin luchar. Tan nutridas las procesiones rogativas ante altares forasteros, abandonando, menospreciando el propio. Les falta la fe en sí mismos : España no puede ser el objeto de su fe. Lo será, si acaso, uno u otro sátrapa de entre los que llevan la voz cantante de una lagrimería de derrota, de inopia, de mendigos abyectos, impropia del más bajo limosnero español, que cuando pide, pide por Dios, invocando la fe del que ha de prestarle ayuda, y no su hambre, que nunca declara.... Pero ya llegaré al capítulo de los sátrapas, mayores y menores.

J. PEREZ BURGOS.